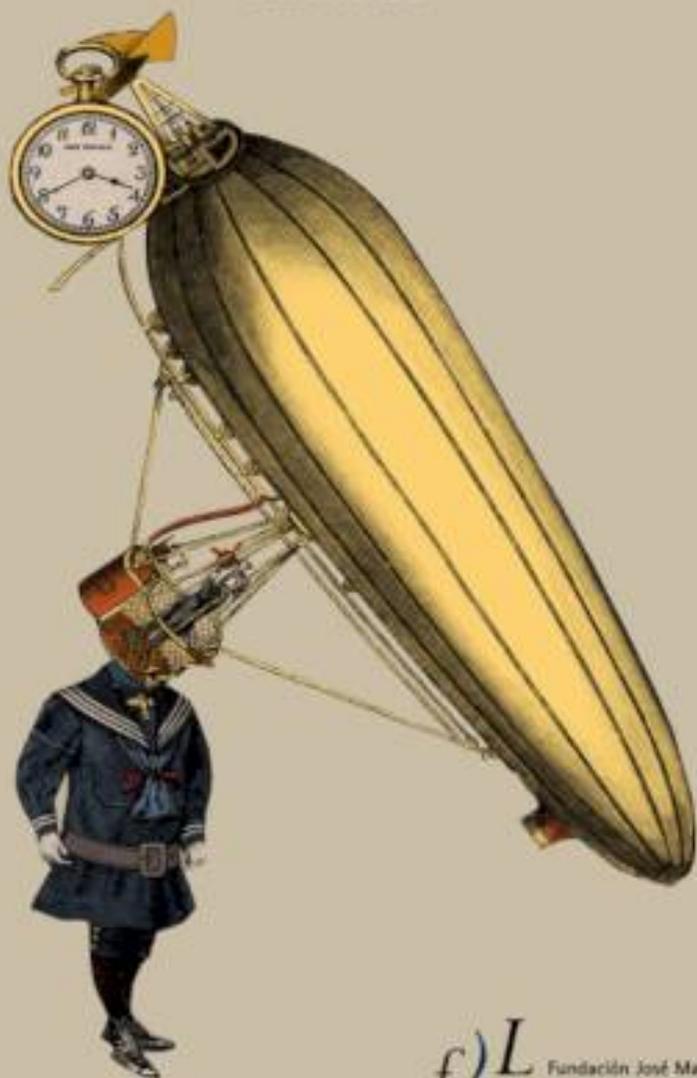


PREMIO MANUEL ALVAR DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS 2019

FELIPE BENÍTEZ REYES

EL INTRUSO HONORÍFICO

PRONTUARIO ENCICLOPÉDICO PROVISIONAL
DE ALGUNAS COSAS MATERIALES Y CONCEPTUALES
DEL MUNDO



f)L Fundación José Manuel Lara

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

...trazas de mundo son desperdigadas...

VALBUENA DE MICER

Todo debe ser enciclopedizado.

NOVALIS

PRÓLOGO

EL MUNDO COMO FALTA DE VOLUN- TAD Y COMO EXCESO DE REPRESENTA- CIÓN

En teoría al menos –lo que no es poco–, todos los libros que escribimos podrían ser inacabables, aunque todos los que nos dedicamos a escribirlos optemos por acabarlos, bien sea por agotamiento, por aburrimiento o por tenacidad, esas tres musas secretas. La sugestión de que lo potencialmente infinito puede finiquitarse tiene mucho de insensatez, pero más insensato sería el pasarse la vida mareando infinitudes.

Este es un libro acabado –al menos por ahora–, lo que no le quita su condición esencial de proyecto inacabable, ya que admitiría, según verá el lector, el examen global del mundo, en el caso optimista de que yo estuviese en condiciones de emprender ese examen y de que el mundo estuviese dispuesto a dejarse examinar.

En 1977, en un estanco de mi pueblo que estiraba su oferta con género de papelería y de librería, compré *La enciclopedia* de Novalis, que no era tal enciclopedia, sino el bosquejo de un plan enciclopédico

que no llegó a desarrollar, en parte por su muerte madrugadora y en parte porque para culminarlo hubiese necesitado al menos un par de vidas muy longevas. En ella nos dejó sus apuntes sobre cuestiones fisiológicas, filosóficas, filológicas, cosmológicas y antropológicas, entre otras materias científicas o etéreamente especulativas, sin renunciar a derivaciones de pensamiento un poco desconcertantes: «¿Podría un soldado romano ser padre de Jesús?», «La mantequilla debilita». Como ustedes saben, Rimbaud –que sólo fue serio en los negocios– avisó de que no se puede ser serio a los diecisiete años, y yo, a esa edad, sin saber que desmentía al revuelto poeta francés, decidí escribir una enciclopedia a la manera de la abocetada por el romántico alemán, al parecerme un proyecto bastante razonable y llevadero para un adolescente.

Como no hace falta decir, llené un cuaderno con farragos descabellados y con desatinos presuntuosos, hasta que el curso de la vida, que si bien no otorga la sabiduría sí alienta la prudencia, hizo que me olvidase de aquello con esa facilidad con que a las edades tempranas se pasa del entusiasmo a la desidia.

En mi primer curso de filología hispánica tuve que enfrentarme al estudio de las figuras retóricas. El profesor, el poeta José Luis Tejada, nos dio unas hojas ciclostiladas en que se detallaban las principales, que no eran pocas, de modo y manera que mi mente entró en contacto por primera vez con conceptos como la anadiplosis, la aposiopesis o el quiasmo, sin cuyo conocimiento había logrado yo sobrevivir hasta en-

tonces. En el bachillerato habíamos estudiado las más básicas del repertorio: la metáfora, la hipérbole, el hipérbaton y poco más, que rastreábamos en los análisis de algunos poemas. Pero allí se me abrió la puerta a un ámbito casi esotérico. Por entonces, yo escribía ya poemas, y me atrevo a suponer que alguna que otra figura retórica se me había deslizado azarosamente en ellos, pero la verdad es que jamás logré entenderme con los matices sutiles que se contenían en la definición de aquellas argucias, ya lo fuesen de dicción, de pensamiento o de la categoría que los preceptistas dispusieran aplicarles, pues en profusión las había, y muy ramificadas. Confieso que me costaba trabajo distinguir una metáfora de un símil, que es lo más bajo en lo que puede caer no ya un filólogo principiante, sino incluso un aprendiz de poeta surrealista. Como método de estudio, y a la vez como intento de comprensión simplificada mediante la simplificación acomplejada –seguro que hay un nombre de raíz griega o como poco latina para eso–, me puse a la tarea de escribir en un cuaderno un tratado de figuras retóricas con definiciones que me resultaran comprensibles, al margen de las canónicas, pero procurando respetarlas en su esencia, sobre todo para no suspender el examen, pero también por respeto a la memoria de precursores como Flavio Magno Aurelio Casiodoro o Benito Arias Montano, entre otros antecedentes ilustres en el particular. Imagino que el respeto me duró hasta que tuve que afrontar la definición privada de alguna figura especialmente abstrusa, porque el

caso es que llegó un momento en que me degradé a la definición jocosa de tan altos conceptos, y ahí está el germen de estas páginas, que en un principio concebí como un *Prontuario de figuras retóricas para uso escolar y extraterrestre* y que luego quise ampliar con un *Catálogo de escritores de todos los tiempos y países*, aunque de este último empeño me aburrí pronto.

Algo después, leí la *Nueva enciclopedia*, de Alberto Savinio, el hermano del pintor Giorgio de Chirico, y allí encontré el diapasón para un proyecto más caleidoscópico y antojadizo, que no es otro que esta especie de sopa de piedra, con ingredientes propios o tomados en préstamo, tras acogerme a un lema melancólico: «Si no puedes ser el octavo sabio de Grecia, al menos dedícate a divagar».

Y en eso estamos.

POSTPRÓLOGO DIALOGADO

–¿Por qué otorga usted a este monumental prontuario enciclopédico la condición de «provisional»?

–Pues porque todo lo es: usted, yo, el universo, los prontuarios nacidos del ocio o del oficio, las excursiones metafísicas por la conciencia, el fulgor de los astros, la moral y la moda...

–¿Todo?

–Que yo sepa...

–Es decir, que el empleo del adjetivo «provisional» viene a ser un pleonasma.

–Me temo que sí.

–De modo que este prontuario arranca con un delito de pleonasma.

–En efecto.

–Pues sí que empezamos bien.

A

ABANDONO. Aunque de entrada sugiere una circunstancia pesarosa, enseguida nos muestra su feliz polivalencia: lo mismo puede aplicarse a un amor que al tabaco.

ABDICAR. Disciplina en la que, por una razón o por otra, todos acabamos siendo expertos, por lo general con un grado de fatalismo equiparable al de los monarcas desventurados.

ABERRACIÓN. Tal vez nunca una palabra ha expresado tan bien –al menos en el plano fonético– lo que expresa, en parte por esa especie de onomatopeya de un error irreparable que sugiere su doble erre.

ABOGADO. Ramón Gómez de la Serna atribuye a Cánovas del Castillo la suposición de que en España, si eres abogado, puedes llegar a ser cualquier cosa. Incluso reina madre.

ABSENTA. 1) Pseudónimo simbolista del ajenjo, que suena más a costumbrismo tabernario. 2) El poeta Villaespesa la caracterizó como «la musa verde».

ABSOLUCIÓN. Aplicable a los demás, pero sobre todo a uno mismo.

ABSTRACCIÓN. Según Ezra Pound, algo a lo que hay que temer en poesía, a pesar de que él no le tenía miedo a casi nada.

ABSURDO. 1) Dícese del teatro en general y de determinadas obras teatrales en concreto. **2)** Apariencia anómala de la lógica del gran sinsentido universal. (¿Por qué los patos no tienen cresta, por ejemplo? ¿Por qué hasta hace poco vendían las camisas clavadas con alfileres a un cartón, como si fuesen cadáveres de mariposas? ¿Por qué las bombillas no tienen una muerte lenta en vez de esa muerte repentina que parece un suicidio atolondrado, con ese chasquido de luciérnaga achicharrada?) **3)** En la carretera de Munive, entre mi pueblo y Sanlúcar de Barrameda, hay una venta regentada por dos hermanos gemelos imposibles de diferenciar: cuando están cara a cara, parece aquello la ilusión de un espejo de hechicería. Un día de tantos, entró allí un representante de licores y le preguntó a uno de ellos: «¿Usted es usted o su hermano?». Y ahora los gemelos lo cuentan, y nunca sabes cuál de los dos es el que lo cuenta, ya que, en vez de jugar a ser dos, como sería lo lógico, juegan a ser ninguno.

ABURRIMIENTO. Hay conceptos que padecen un desprestigio no diré que injusto, pero me atrevería a suponer que incomprensible. El de «aburrimiento», pongamos por caso. ¿Qué habrá de malo en aburrirse, salvo el hecho mismo de estar aburrido? No lo sé,

ni alcanzo a sospecharlo siquiera, pero el caso es que en nuestra civilización –tan penitencial en el fondo, aunque tan aficionada a hacerse pasar por hedonista– el aburrimiento está considerado como uno de los síntomas más inequívocos y aterradores de que nuestra vida es un asco.

Podemos acordar, así por encima, que el aburrimiento supone una falta de diversión y que la diversión consiste en no aburrirse, pero lo curioso es que el hecho de aburrirse no consiste exactamente en carecer de diversión, ya que la experiencia nos avisa de que hay diversiones que matan de aburrimiento, mientras que es muy difícil que el aburrimiento mismo mate de aburrimiento, quizá porque, cuando se está aburrido, no tiene uno ganas ni de morirse. No, el aburrimiento no es una carencia nostálgica de diversiones, de expansiones o de estímulos, sino más bien una diversión que no resulta divertida, una expansión con aspecto de contractura, un estímulo que amuerma. El aburrimiento nos convierte así en seres huecos que comprenden la necesidad de llenarse de ideas y de deseos urgentes, en peleles que no encuentran nada a su alrededor que les incite a salir de sus sopores metafísicos y que caen por tanto en la cuenta de que tienen la obligación de inventarse no ya un futuro sino un mero presente, de buscar un antídoto contra los bostezos en cadena, y entonces esos personajillos aburridos se ponen a escribir sinfonías solemnes o novelas de intriga, poemas desesperanzados o cartas de amor, se animan a pintar cuadros o a dar una mano

de barniz a los muebles, para no acabar aburriéndose como dicen que lo hacen las ostras, que son los animales que más se aburren, quizá porque intuyen que alguien va a comérselas crudas algún día, y la simple sospecha de un destino tan atroz acaba convirtiendo al más jaranero de los seres vivos en un fantasma mediatibundo y sin gran fuelle en el ánimo, y de ahí al aburrimiento media el diámetro del bigote de una gamba, especie marina que debe de aburrirse casi tanto como las ostras, pues la intuición de acabar cocida o a la plancha tampoco es una perspectiva como para ponerse a palmear por bulerías.

La diversión nos saca excepcionalmente de nosotros, mientras que el aburrimiento nos lleva al centro de lo que somos en realidad: un pensamiento que flota indeciso en la nada, aburrido de sí mismo, porque el centro de nuestro ser es algo así como una fiesta sin gente. La diversión nos agota y el aburrimiento nos desespera, y hay veces en que uno quisiera aburrirse del todo para no tener la responsabilidad de divertirse consigo mismo, y hay veces en que uno quisiera divertirse sin fin para no tener la responsabilidad de aburrirse y de pensar en la vida. Porque todo es un lío.

Y no les aburro más.

ACADEMIA. 1) En un principio, nombre que se daba a la escuela socrática de Platón, allá en las inmediaciones de Atenas. Según dicen quienes tienen autoridad para decir algo al respecto, debe su nombre al

héroe Academos, que también daba nombre al jardín en que se hallaba aquella escuela suburbial que acabó siendo cerrada por el emperador Justiniano cuando ya el platonismo se había transformado en neoplatonismo o quién sabe si incluso en plotinismo. **2)** Por antonomasia, institución madrileña con una idea sufragista del Parnaso y de la lexicografía. **3)** Por extensión, cualquier peña local de próceres municipales que, a imitación de los próceres estatales, leen un discurso de ingreso ante unas autoridades atónitas, sienten su vida llevada al cenit del prestigio y se van luego a almorzar con lo más selecto de la asistencia, todos ellos liberados ya de la amenaza de los discursos. (O tal vez no.)

ACADÉMICO. **1)** Según el matiz de voz y el contexto, cargo honorífico o insulto, o incluso ambas cosas a la vez. **2)** Intelectual que era muy codiciado como conferenciante en los salones culturales de las antiguas cajas de ahorros, instituciones que acostumbraban regalar objetos de bronce o de metacrilato –o de ambas materias– y de traza más o menos futurista, con cargo a la partida de gastos suntuarios.

ACENTO. **1)** Gota de lluvia cursiva que cae sobre las vocales afortunadas. **2)** Golpe invisible que reciben algunas vocales sin por ello dejarles necesariamente el hematoma de un signo ortográfico. **3)** Pluma que las vocales se ponen de vez en cuando en la cabeza para afirmar su ego ante las consonantes, esas advenedizas

que no saben ni sonar por sí solas. **4)** Tónico vocálico reconstituyente.

ADÍNATON. Figura retórica de las consideradas de pensamiento cuya definición resulta complicada: su propia definición parece demandar un adínaton.

ADIVINANZA. **1)** Algo que no requiere definición, sino solución. **2)** Nostalgia humana del derecho de la Esfinge a divertirse a costa de la perplejidad angustiosa de los humanos. **3)** Modalidad de regulación verbal de las incertidumbres cósmicas en general y de las particulares en particular. *Ejemplo:* «¿Qué animal se devora a sí mismo cuando se detiene a pensar que es un animal que está devorándose a sí mismo mientras piensa?».

ADJETIVO. **1)** Apellido de un nombre. Existen apellidos nobles (Purpúrea, Opalescente, Ignominioso) y apellidos vulgares y plebeyos, indignos incluso de ser ejemplificados. **2)** Clavel en la solapa de un sustantivo. **3)** La frialdad que hay en la nieve y que la palabra nieve no consigue expresar; por ejemplo: «La nieve sepulcral del frigorífico». **4)** Remolque del sustantivo que a veces gusta de remolcar al sustantivo por el sistema de la anteposición: nieve blanca/blanca nieve (y siete enanitos que saltan por su campo semántico, arrojándose bolas de nieve). **5)** Según Alejo Carpentier, los adjetivos vienen a ser las arrugas del estilo, de lo que cabe deducir que la plancha del estilo sería la renuncia adjetival: un sustantivo almidonado.